

## EL PARAÍSO DE LAS ISLAS

Cuentos del paraíso de las islas

17-06.

LA CANINA ESMERALDA



Emilio Sola

[emilio.sola@cedcs.eu](mailto:emilio.sola@cedcs.eu)

Colección: Archivo, Galeatus, El paraíso de las islas

Fecha de Publicación: 09/07/2012, 15/03/2025, 03/12/2025, 22/07/2026

Número de páginas: 7

I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.  
Más documentos disponibles en [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)



### Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

LA PRIMERA FILMACIÓN QUE CONSIGUIERON RESCATAR en el improvisado laboratorio del mirador de los Cantamañanas les transmitió a todos los presentes una gran paz. Era el amanecer del último día de vida del Antiguo; la cámara fija sobre el horizonte marino, la escena se iba aclarando poco a poco con un despliegue espectacular de nubes de paso y de tonalidades o tornasoles cambiantes hasta la irrupción magnífica del sol. Como introducción sólo aparecía la fecha de filmación, y luego surgía la música y la voz del Antiguo, levísima, decía algo así como “Música de Misián – eso parecía decir, Misián – y filmación en homenaje a Chu-Dávila que filmó en Formentera el amanecer del milenio nuevo y ya nunca pudo dejar de ser artista de la luz”. Y luego, sólo música y alba, amanecer y orto solar durante casi una hora. Al final, de nuevo la voz en off del Antiguo, con una sola frase lenta y desganada: “Despertad de nuevo al nuevo amanecer”. Y nada más. Todos estaban emocionados y el Fito reaccionó de inmediato.

- Carla, avisa a Chau Mao: ya hay material disponible. Que anuncie la última fase de la fiesta del canje.

En cinco minutos, el Chau Mao estaba en lo alto del escenario principal. Había puesto como motos durante un par de horas a la gente y estaba, en un anexo del escenario, tomándose unos pinchos y unas birras cuando le avisó la Carla Canon. Se echó un capote rojo chillón fosforescente por encima de los hombres y se encaramó con una pirueta en el centro del escenario.

- ¡Atención todos! ¡Comienza el milagro! La primera de las últimas pelis del Antiguo está lista y se titula “Despertad de nuevo al nuevo amanecer”. Carla Canon os la presenta

Se apagaron las luces ambientales y se encendieron todas las pantallas. La Carla Canon anunció la peli: “Dura unos tres cuartos de hora y don Borondón dice en ella que tiene música de Missian y que es una peli en honor de Chu-Dávila que filmó en Formentera, una isla ponentina, el amanecer de un nuevo milenio y ya nunca pudo dejar de ser artista de la luz. Es lenta pero hermosísima y os aseguro que os puede emocionar. Estreno absoluto, chics, primera visión”. Y todas las pantallas se reactivaron al unísono con el alba y amanecer del último día de la vida del Antiguo, antes de que la luna llena de junio terminara de ocultarse por la colina del Naranjal. Hubo para todos los gustos. A alguna gente le dio por llorar o meditar extáticos, y a otra gente de sensibilidad menos sofisticada les dio por hacerse el amor en parejas y hasta en grupos, aunque los menos. Era un encantamiento o un milagro, como había anunciado el Chau Mao, que se había tendido cuan largo era en el escenario, entre los instrumentos musicales de su grupo, cubierto por el capote rojo fosforescente y sin perderse detalle de aquel amanecer, último que don Borondón contemplara en este mundo con el que sabía que iba a seguir comunicado. El milagro anunciado, la magia de la comunicación posible y esencial.

Los dedos rosados de la aurora o la del alba sería... Cuando terminó la peli del Antiguo con sus palabras lentas y claramente reales, de ultratumba como decían los góticos, “despertad de nuevo al nuevo amanecer”, comenzaba de nuevo el amanecer. En el

tiempo real, la edad de oro de cada cual, y mucha gente aún afirma hoy que fue un amanecer idéntico al de la filmación del Antiguo. Son o serán leyendas del paraíso de las islas, como las antiguas leyendas urbanas que decían, pero en más extremadas si cabe, por eso de la fluidez de la comunicación que neutraliza los mecanismos clientelares de la exclusión. Mitos y leyendas del paraíso de las islas, letanías.

Pujol no paró hasta que no consiguió ver todas las filmaciones recuperadas del Antiguo. Consu se mostraba divertida ante la nueva vitalidad del carroza que ya era el antiguo Pujolito, y animaba a Carla Canon a no cerrar el asunto. “Tiradle de la lengua, Carla. Al muy cabrón”. Habían conseguido recuperar muy bien un ochenta por ciento del material, y el veinte por ciento restante necesitaba ser enviado a Spalato por problemas técnicos que sólo allí podían resolver, en el museo de la tecnología no lineal, o algo así, que le decían los especialistas arqueólogos del pre-digital. Las eternas letanías, si no jergas. Fito Naser asignó una copia de todo el material para el fondo de los salones de la Blancadoble, y el Pujol se quedó satisfecho. Como intuía con fuerza, o sabía, en fin, él era uno de los protagonistas de aquellos registros, y la Entrambosaires I no paraba de reírle sus arranques de reticencia ante algunas piezas fílmicas.

- Cuando supimos que don Borondón ya no iba a abandonar la plataforma, su trono-retrete diseño del Pinto Godinho tan cómodo y polivalente, nos apenó; pero pronto vimos que el Antiguo nos perseguía por el Naranjal con sus catalejos y aparatos ópticos, casi a todas horas, incluso cuando elevaba la plataforma y echaba todas las lonas. Creo que sobre todo en esos momentos era cuando más nos espiaba. Seguía siendo un guasón. Se nos ocurrió organizarle desfiles al principio, y pareció gustarle la idea pues elevaba la plataforma a lo más alto, y acomodado en su trono-retrete nos observaba y, ya lo veis, nos filmaba también e incluso nos comentaba, cuando más humor tenía, como si estuviera narrando un espectáculo deportivo o una fiesta. A la larga, esas son las verdaderas últimas palabras del Antiguo. Casi, casi, me atrevería a decir, su testamento vital, así como suena, su última y magna obra maestra de vitalidad. Luego me di cuenta de que algunas tardes, mientras andábamos por el Naranjal o por la playa de cachondeo, o de juegos amorosos, don Borondón desde lo alto de la plataforma nos observaba. En alguna ocasión yo le hacía algún gesto, como cuadrarme en dirección suya o dar una voltereta antes de saludarle, y me pareció que en la mayoría de las ocasiones me devolvía el saludo con algún guiño, incluso con un espejito en un par o tres de ocasiones. Eso me animó a hacer locuras para él, me ponía muchísimo sentirme observado por el Antiguo, a quien quería más que a mi padre Hamuín o que a Prisciliano Manfredi, no sé por qué, casi tanto como a mi madre Montse o a ti, Consu, por entonces, aunque nos viéramos poco, todavía mi Titina más querida... - La Consu le sonrió a Pujol, pero por lo bajo le dijo a Carla Canon, allí a su lado, “Ya verás, ya verás. ¡El muy cabrón!”. Pujol estaba encantado con sus recuerdos y ni se enteró del juego de la Consu. Siguió: - Cada vez que me enamoraba, y había días que me enamoraba dos o tres veces, aunque esos días eran cada vez menos ya, me acercaba con mi nueva amada a alguno de los altozanos del entorno de la plataforma desde donde podía comunicarme mejor con el viejo mirón amado, y allí jugábamos un rato para él, sobre todo si a mi colega le gustaba también verse observada por el Antiguo. Porque, eso sí, yo siempre se lo decía, me parecía que era lo legal, aunque el hecho de que nos observara el viejo fuera sólo una

posibilidad o un constructo paranoico mío y personal, una arista más de mi edad de oro un poco desparramada por entonces.

Pujol se quedó un rato mudo, como extasiado, pero nadie, ni siquiera Consu, rechistó. Estaban en la sala de visionados de los salones de la Blancadoble esperando la última remesa del material recuperado de las pelis del Antiguo, y la Consu suspendida de los tirantes tensores de Lamia, de la que no se había querido separar desde la noche de la fiesta del canje, más de una semana atrás, pues decía que era una vaivenera comodísima; como a Lamia no la molestaba nada una mochila pectoral tan ligerita, fortachona como ella era, se acoplaron a la perfección. Y allí estaban, la trono-Lamia y la Entrambosaires I diminuta, al lado de la Carla Canon, esperando que se terminara de explicar el redivivo Pujolito.

- Hoy creo que puedo decir que lo mejor de mis trucos en los combates eróticos los ideé para don Borondón. No era lo mismo, claro. En los combates eróticos hay reglas, aunque sean mínimas, como el no despojarse de las mallas o el traje que corresponda al programa. Pero en las acciones no sucedía así, tanto en las fiestas y cabalgatas como en las más íntimas y particulares, si es que el Antiguo las seguía, que de estas últimas no lo sabíamos a las claras, aunque ahora veamos confirmado que sí. Al principio, en realidad, fueron acciones muy espontáneas, como ya vimos algunas, yo le hacía saludos y monerías un rato, hasta que me cansaba, y luego me iba a corretear por ahí o a bañarme, si andaba por la playa. Luego, cuando comencé a jugar con alguna enamorada para él, sobre todo si a ella le ponía también, podíamos llegar a lo que fuera en el sexo y hasta a desnudarnos, ya olvidados o al menos inconscientes de ello, de que el Antiguo nos podía estar observando. Sobre todo, si estaba con las lonas echadas, que solía suceder. Y ahora siento que en esos casos precisamente, cuando más desinhibidos andábamos, era cuando el Antiguo podía captar, y él había de saberlo, la vida en su más espontánea belleza, la belleza inconsciente. – Hizo una breve pausa Pujol. – Don Borondón fue mi auténtico maestro. Por eso quiero que mi Canina Esmeralda verdadera se quede a su lado para todo el para siempre posible. Titina, te quiero.

Aquello sonó como un disparo. A la Entrambosaires I se le escapó un suspiro. Lamia y la Carla casi lloraban, y en ese momento llegó el vaivenero con las pelis que estaban esperando, y una nota escueta de Fito Naser: “Pujolito, eres el más grande”. Y nada más.

DEFINITIVAMENTE, este va a ser el último relato al que me comprometa ese usurero de los antiguos que es el Fito Naser. Siempre tiene que andar por ahí metiendo el rabo, el muy mariquita linda. Es que tiene, como todos y todas que se le parecen, un temperamento empático – un carácter – que no se puede aguantar en cuanto te das cuenta de ello. Es como si te sintieras utilizada, una vez más, y una que fue de frontera en frontera rebotada ya no puede soportar que nadie la quiera manejar desde un centro. Creo que habría que revisar todas las Centrales, desde la central de Cavernícolas a la central de Vaiveners o la mismísima central de la Red Kepler, que ya nos puede parecer demasiado centralizada. En fin, rebotes que de vez en cuando una se agarra, y que quiere decir que tiene que irse a dormir, al descanso recomponedor.

Sueño reparador, cuerpo restaurado. Carla y Corino han venido a visitarme con sus registros últimos y para despedirse. Tenían ganas de conocerme personalmente, y aquí en el Observatorio del Zoo, después de ver algunas de las pelis rescatadas, charlamos un rato y se fueron de nuevo para sus lugares de origen, pues quieren este otoño volver a sus últimos estudios, Carla de perfil gestor y Corino de perfil más tecnológico, con planes amplios para después. Me emocionó su ilusión: tienen proyectos. Yo, por mi parte, me retiro a un tramo de costa norteña y cálida, más dulce de llevar que esta aridez esteparia demasiado manipulada para que aún siga habitable y pueda conservar algo de su antiguo esplendor, como el entorno mismo de este Observatorio del Zoo desde el que me despido. Salud.

